

DOMINGO II DE CUARESMA (Ciclo B)

El relato del que nos habla la lectura del Génesis es, evidentemente, figura de lo que iba a acontecer con Jesucristo. Isaac es el hijo único de Abrahán, al igual que Cristo es el hijo único del Padre. Dios pide a Abrahán lo que después hará él mismo. Abrahán es llevado a esperar más allá de lo que puede ver. Aun así no quiere negarle nada a Dios. Pero Dios no permite que culmine ese sacrificio. En cambio no impedirá que Jesús sea crucificado, a pesar de que Jesús, en el huerto de los olivos, reza diciendo: «Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz».

Isaac aparece también, en una lectura espiritual, como signo de que hemos de estar dispuestos a dárselo todo a Dios. San Ignacio meditaba un día qué sería aquello que más le costaría en su corazón si Dios, de pronto, le exigiera algo como la última y suprema ofrenda de amor. Y, meditando, se dio cuenta de que, más que a sí mismo, amaba la Compañía que había fundado. Y dijo: «Si Dios me pidiera la Compañía, si él quisiera destruir esta comunidad que he fundado por complacerlo, si él me lo exigiera, tal vez mi corazón, después de recibir el anuncio de su muerte, se agitaría intranquilo aún durante un cuarto de hora... pero luego Dios dominaría sobre ese sentimiento». Isaac aparece como enseñanza de que hemos de estar dispuestos a entregarlo todo sin perder por ello la fe, ni dejar que mengüe en lo más mínimo nuestra esperanza.

Es posible que estemos dispuestos a entregar muchas cosas, pero que nos guardemos algo, lo más querido, para nosotros mismos. Se trata de no negar a Dios ninguna parte de nuestro corazón. Poder decirle: «Soy todo tuyo; mi alegría es ser para ti».

Pero, atención, que no se trata de aplacar a un Dios sádico que necesita ser compensado porque está enojado y quiere ser resarcido en sus derechos. Dios lo que quiere es que resplandezca totalmente en nosotros el fuego de su amor. Así lo vemos en el evangelio de hoy. San Pablo dice que Dios «no perdonó a su propio Hijo». Y en el evangelio oímos esta declaración del Padre: «Este es mi hijo amado». No se trata de afirmaciones contradictorias. El Hijo muestra, en la transfiguración, un anticipo de la gloria que Dios quiere comunicar a todos los que se salvan por el sacrificio de la cruz. Nuestra vida, llamada a la santidad, debe ser transfigurada por Cristo. Para ello se nos muestra un camino que es el de la cruz.

Comentando la confianza de Abrahán, dice Agustín: «Es justo que confiemos en Dios aun antes de que pague nada, porque no puede mentir ni engañar. Así se fiaron de él nuestros padres. Así lo hizo Abrahán. Aún no había recibido nada de Dios, y creyó cuando le hizo la promesa. Nosotros, en cambio, a pesar de haber recibido tanto, aún no confiamos en él».

La lectura de hoy nos lleva también a contemplar el corazón de María. Ella, como Madre, hubo de entregar a su Hijo por nosotros, y lo acompañó en aquella ofrenda que cambió la suerte del mundo. Que ella nos acompañe, como a su Hijo, en el camino costoso del abandono total en Dios.